

## MÁRGENES

*Carlos Wylid Ospina*

### 1

Al terminar la lectura de Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante, pensé que si yo hubiese sido el autor de este libro lo titulara *Enrique Gómez Carrillo el sensualísimo*, porque en tal vocablo se expresa, a mi entender, el temperamento y el arte del gran cronista guatemalteco. Disiento así del ágil escritor y culto crítico peruano Luis Alberto Sánchez, quien no cree que mi compatriota fuera “un escritor sensual”.

“Sus figuras de mujer —escribe— lucen a veces rasgos licenciosos, más la suya es la ingenua licencia de Murger. Lo típico en él era, más bien, la falta de pudor general”.

Pero Sánchez se olvida de la cita que él mismo hace, en seguida, de las palabras con que Gómez Carrillo define su arte:

“No busco en mis libros de viaje el alma de los países que me interesan. Lo que busco es algo más frívolo, más sutil, más positivo: la sensación”. Y pregunta Luis Alberto: “¿No es acaso tal el credo estético de la vida y la obra del cronista? Buscar lo positivo, la sensación” (*La tierra del quetzal*, pág. 158, Eds. Ercilla, 1950).

Es lo mismo que yo había pensado antes de conocer el juicio del ensayista suramericano, y que afirmo en el curso de estas cuartillas. En Gómez Carrillo, el hombre y el escritor se concretan realmente en eso: sensación. Los sentidos tuvieron en él

plena soberanía. Todo en su literatura se resuelve en perfume, caricia, música y visión. Por eso es, sobre todo, descriptivo, plástico, móvil, armonioso. Por eso adora las artes que estilizan la forma y el movimiento, en especial la danza, la lucha muscular, los juegos atléticos, más los antiguos que los modernos. Su estilo, trasunto cabal de su temperamento, es pura y grácil sensualidad. No a todas “sus mujeres” es atribuible la “ingenua licencia de Murger”. Sólo la tienen las mujeres de sus novelitas primigenias, que son una imitación entusiasta, un poco perversa, de aquel típico narrador bohemio. Sus otras mujeres, las de sus obras de madurez, no se quedan en licenciosas ni poseen ninguna ingenuidad, en el sentido de candor sentimental: son libidinosas, lascivas, oficiantas o sacerdotisas del placer, con tendencias de refinada depravación, más o menos “estética”, y aun con desviaciones lesbianas... Al hablar de “sus mujeres”, no me refiero solamente a las midinetas y casquiligeras bohemias de sus novelines sino a todas las demás: las hetairas del amor antiguo y moderno, cortesanas de Atenas y geishas del Japón, bailarinas cosmopolitas, danzarinas de oriente, actrices famosas, e incluso, poetisas libertinas y *demi-mondaines* de gran rumbo. Sólo quedan excluidas sus esposas legales...

Pero, tras mi prístina impresión, recapacité en que el título de esta obra —no se trata de una futilidad, porque el nombre de un libro suele delinear su fisonomía y exponer su síntesis— es apropiado si para entenderlo ponemos un poco de imaginación. Aunque parece referirse a un solo aspecto de la vida del héroe, y reducirse así a simple itinerario de sus andanzas, resulta que es el itinerario del hombre íntimo y del artista, refundidos en una sola entidad. Gómez Carrillo fue, en realidad, un ser errante: errante en sus andares, errante en sus amores, errante en sus pasiones, y su erratibilidad alcanzó hasta sus amistades, sus predilecciones y aun a los temas y motivos de sus libros. Ser errante es ser cambiante. Y nadie, en su tiempo, fue más cambiante, más vario, más inestable que él. Pocos se pudieron reconocer tan íntegramente como él en el ondulante pensamiento de Montaigne: cosa cambiante, errátil es el hombre...

La biografía participa de la historia; y poco hay para mí en el mundo más incierto, convencional y resbaladizo que la historia. Afortunadamente, existió en Queronea un arconte que elevó la historia individual al rango del arte, y con eso, la biografía entró en los dominios encantadores de la novela, la cual, por artificio mágico, es decir imaginativo, nos da la sensación plena de la vida, con mayor fondo real que la pretendida realidad histórica.

Edelberto Torres no quiso hacer, por las señas, un estudio psicológico de su biografiado. Y fue un acierto. Ello le hubiera llevado a las disciplinas más o menos eruditas y complejas del ensayo. Quiso ser biógrafo, que vale por comentarista. Deja que su personaje camine solo, y él se contenta con seguirlo. Se le apega; no le conduce sino se hace conducir por él, a la manera del vate florentino por la sombra de Virgilio. Le cede la palabra, lo mira y lo descubre a través de ella. Y, después de escucharlo con cariño, casi con amor, con deleite admirativo siempre, al verse compelido a hablar por su cuenta, se expresa como si el otro fuera su interlocutor, en ambiente de cálida confianza, cercana a la intimidad. Cuando tiene que acudir a testimonios ajenos, sólo admite los más sencillos, los más naturales, los que abona el buen sentido y se afirman en la objetividad. Ante todo, es narrador; pero si alguna vez se siente crítico, busca el amparo de Anatole France, quien enseñó que la crítica literaria consiste en referir las propias sensaciones a través de la obra ajena. Para afianzarse en esta norma, cita las palabras de su héroe mismo:

“Lo que hoy nos queda por hacer es imitar su sistema, refiriendo con sinceridad las aventuras de nuestra alma a través de las páginas de un libro”.

De tal modo soslaya supuestas caídas o incidentes penosos, y evita conjeturas ingratas, que otros biógrafos y comentaristas, por atacar o defender a todo trance la memoria del escritor desaparecido, convirtieron en alegatos casuísticos: la ciudadanía argentina, los duelos simulados, la infamante intervención en la tragedia de Mata-Hari... Y así disculpa y casi justifica las rela-

ciones mercantiles del cronista con Estrada Cabrera —que mucho perjudicaron, por cierto, la reputación de Gómez Carrillo— y sus diatribas forzosamente insinceras contra José Santos Zelaya, el barbarócrata de Nicaragua, escritas para darle gusto al déspota letrado de Guatemala... No obstante, en algunos pasajes, muy pocos, se muestra severo y condena con franqueza la conducta de su personaje; pero esa severidad es indulgente y comprensiva, como la de un amigo.

Por su intención y su tónica, estas páginas son las de un libro emotivo, casi tierno, que tiene a menudo sabrosura de confianza. Aunque la dicción no sea siempre académicamente correcta, ni la prosa cobre las alturas del estilo, el libro está bien hecho, articulado y desenvuelto con fácil destreza. Consigue el mejor efecto que un autor puede desear: interesa. Interesa por su amenidad, su lozanía y su buena fe. Se presenta como las hetairas griegas, según el propio Gómez Carrillo: que “yendo vestidas, parecen desnudas”. Y esta desnudez, en categoría estética, es distintivo de literatura bella y sincera. Así vestido en desnudez, este libro posee mucho de la envolvente seducción que caracterizó el arte del maestro, y que el comentador parece, a trechos, haber tomado en préstamo.

### 3

Gómez Carrillo tenía la madera de que se hacen los vencedores. Nada le faltó para triunfar, e incluso, tuvo demasía de aptitudes y exceso de buena suerte para conquistar cuanto ambicionó... Rubén Darío concretó este hecho en una observación humorística: “Si a Enrique se le antoja un día ser obispo, estoy seguro de que lo consigue”. Era un colmo, porque ya se sabe del displaciente menosprecio, de la risueña aversión que el escritor sentía por la Iglesia romana... Y cuanto él quiso o ambicionó se encierra en dos breves palabras, para llenar las cuales son pequeños, sin embargo, el mundo, la carne y el alma: gloria y amor.

En su fibra más honda, más elemental, fue un hombre del pretérito que se instaló cómodamente en la modernidad. Parecía un trasunto de los grandes florentinos del Renacimiento: acaso Oliveretto di Fermo... algo de Benvenuto... un poco de Casanova. No era físicamente bello, conforme al canon apolíneo, a pesar de sus ojos soñadores, fascinantes, y su cabellera a lo romántico desordenada, porque daban cierta tosquedad a su fisonomía los pómulos salientes, los labios gruesos, la nariz semiachatada... Pero fue hermoso con aquella hermosura que preconizó Oscar Wilde:

“El deber primordial del hombre es ser hermoso. La hermosura es un reflejo del pensamiento y del alma, que ilumina el rostro. Las mujeres sólo pueden ser bonitas”.

Aparte esta hermosura, estuvo dotado de una virilidad exúbera, y fue hombre arrollador en las tres categorías que amaban las mujeres “fin de siglo”: el talento, la valentía y la prodigalidad. Su talento literario era virtualmente lírico, al modo anacrónico. Su valentía se exacerbaba en temeridad y audacia sin fronteras, en la vida, en el arte y la mujer. En lo prodigo, se hermanaba con los emires y califas de los tiempos de Harún-Ai-Rachid, o con aquellos jóvenes mercaderes de Bagdad y de Basora que se arruinaban, en una sola noche, por los hechizos de una bella desconocida, y a quienes él mismo celebró en su comentario al libro maravilloso de los antiguos árabes. En contraposición, tenía los defectos y cultivaba los vicios —que nunca ocultó y hasta ufanábase de ellos— que le ganaron tanta celebridad como su literatura entre el público mayoritario, siempre ansioso de excitantes mentales. Como cáustico y vengativo, se hizo temer de cuantos le trataron, y en particular, de sus compañeros de letras y de sus mejores amigos. Casi sólo Blanco Fombona, unos esgrimistas franceses, sus maestros, y un hércules de café, le infundieron respeto en la prolija historia de sus pependencias. Para Darío fue, durante algún tiempo, un torcedor, una pesadilla. Martirizó al gran poeta inofensivo con alusiones envenenadas, como aquella frase que dio la vuelta al continente: “Cuando Rubén Darío tenía talento...” Se mostraba tan diestro en des-

cuerar —como diría Sánchez— lo mismo con la palabra que con la espada. Pero en seguida olvidaba los ultrajes propios y ajenos, y olvidaban también los agraviados y las víctimas, porque era generoso, comprensivo, abierto de alma y de bolsillo, capaz de acciones nobles que, por cierto, nunca tuvieron muchos de sus más feroces detractores.

#### 4

Algunos escritores de lengua castellana, contemporáneos suyos, valieron tanto o más que él; pero ninguno suscitó parecidos entusiasmos, iguales adoraciones femeninas, más sórdidas envidias ni aplausos tan universales como él. No obstante su temible don de ironía y su tendencia a la burla, al sarcasmo, que en él fueron lapidarios; y a despecho de su soberbia independencia mental y de su irrespeto a las academias, figuró entre los escritores más sobrecargados de títulos, cintas, medallas, condecoraciones, diplomas, de que se pagaba con orgullo infantil. Sumaron tantos, que con esos materiales pudo formar una heráldica particular.

Su contraparte vital se encarnó en Rubén Darío. Lo cito porque él fue, al lado de Carrillo, dios mayor de las letras hispanoamericanas de aquel tiempo. Abanderado de todo un movimiento literario, no de origen pero sí de formación americana; remozador del idioma entonces todavía enquistado en el Siglo de Oro y reblandecido en el neoclasicismo decadente; poeta sin otro adjetivo que intemporal; émulo de Boscán y Garcilaso, pero superior a ellos, como embajador del más fino gusto y de la más sabia forma del verso moderno y del verso arcaico, de modo más eminente y creativo que los otros lo fueron del “dulce modo italiano”, no consiguió nunca la estruendosa notoriedad de su amigo de Guatemala. Y la causa está en que éste se distinguió como uno de los más estupendos manipuladores de la publicidad en provecho propio, que se conoció en la época. En esto se pareaba con D’Annunzio y Oscar Wilde.

Nada ayuda tanto a conquistar la fama literaria como una reputación de “escritor inmoral”. Gómez Carrillo la tuvo y le sacó jugo con habilidad consumada, en su arte y en su vida de bohemio de pura casta, impenitente bebedor de ajeno y magistral espadachín. Sin embargo, fue más bien un amoral. Porque tenía la moral de los emotivos, de los sentimentales hiperestésicos, que si no creen en el Bien ni en el Mal —a la manera teológica— son devotos de la religión pagana de la belleza y el amor. Aún más: por su delicadeza de alma y su formación cristiana, amó la justicia y la bondad, que evangélicamente identificaba con el pueblo, y sus miserias y desventuras. Clamó por los derechos de los desheredados en sus libros sobre la Rusia zarista y las atrocidades de la primera guerra mundial.

Lírico, ostentoso y fiel se manifestó su amor a Francia. En cambio, no ocultó su burlesco desdén por la España intelectual que conoció en los años impetuosos de su primera juventud. Tenía razón porque se trataba de la España retórica y fanfarrona, próxima a la terrible derrota a manos de los yanquis, donde ejercían su cacicazgo intelectual los post-románticos y pseudoclásicos del reseco siglo XVIII español —a excepción de Valera, el europeizado, y de otros pocos— todos ellos comidos de pedantería, preceptismo y ridícula suficiencia. Había ya surgido, pero no se impusiera en las letras, la batalladora y magnífica generación del 98. Tampoco había llegado Rubén Darío a enseñar castellano a los propios escritores castellanos. Cuando esto ocurriera, Gómez Carrillo cambió su juicio y su sentir acerca de la España letrada, y le devolvió su cariño de orgulloso fijoalga, que en él siempre alentó con atávicos imperios, porque si fue escritor afrancesado por su temperamento voluptuoso, sus aficiones estéticas y su estilo literario, se conservó español por su carácter aventurero, su reciedumbre combativa y su bravura de conquistador.

De aquí provenía probablemente su radical individualismo. Con Luis Bonafoux, Blanco Fombona, Vargas Vila —el formidable libelista, hoy injustamente olvidado— fue el escritor más independiente, más personal y sincero de su tiempo en las letras

hispanoamericanas. Su valentía de juicio era parigual a su valentía de hombre; y corrieron paralelas su honradez artística y sus veleidades afectivas. Tomó en serio la literatura, como su auténtica razón de ser en el mundo. Dijo con idéntica ardencia su amor y su odio, su admiración y su desprecio, sus ascos y sus apencias de goloso gustador de la vida, sin miramiento y sin recato; y si no sentó reales de profesional de la polémica y crítico de garrote, no obstante su aprecio por “Fray Candil” y otros especímenes de la familia, debióse a que era demasiado artista.

Amar y comprender es lo único definitivamente bueno que podemos hacer en la vida. Él la amó y comprendió como un epicúreo, como un esteta a la manera de Wilde, para quienes los principios de una ética determinada carecen de sentido. Así se explica su absorbente egolatría, su natural infidelidad amorosa, su repugnancia por los tartufos y los cobardes, su mofa de la tontería humana, y la explotación que siempre hizo de la vanidad ajena...

Mediocre y hasta mal novelista, principió parafraseando el libreto de Murger, y luego llevó a sus “nouvelles” las intrigas galantes, los complejos de la homosexualidad y del erotismo delirante, el vaho capitoso del “boudoir” y del café literario, a través de arbitrarias psicologías y excesos de insaciable gozador.

Salvo en un aspecto, la novelística no le debe nada. Pero la crónica moderna en castellano, le es deudora de lo mejor que tiene. En su manera de cronista se aúnan los dos elementos característicos, y al parecer paradójicos, de este género en su modalidad actual: la ligereza y la profundidad. Fue, en una pieza, narrador docto, con riqueza descriptiva y poder de evocación que no superó ninguno de sus contemporáneos; investigador concienzudo, con vasto acervo documental; observador sagacísimo que vertía su talento y su cultura en formas aladas —como entonces se decía— y a veces frívolas, con esa frivolidad llena de hondura que constituyó el distintivo superior de su arte. En él desplegó la magnificencia de su imaginación, intrépida como la de un navegante descubridor; su ingenio flexible y penetrante, de zarpa y florete; su gran audacia conceptiva, su sentido ultra-

sensible de elegancia y buen gusto: de todo lo cual es trasunto su estilo que, en pocos autores como en él, se identifica con la esencia pasional de su humanidad.

Pertenecía a la estirpe de los descreídos capaces de comprenderlo todo, y por lo mismo, de amarlo todo, incluso el espiritualismo puro, el heroísmo mítico, el éxtasis de los “ebrios de Dios”, el furor de los dementes sagrados... Así pudo escribir sus novelas perdurables, como *Flores de Penitencia* y *La Leyenda de San Pacomio*. Y era natural que eso fuera así en quien no reconocía en el arte otra condición que la belleza ni otro resorte que la emoción.

Y, finalmente, fue algo mejor que caritativo y filántropo —para él simples vanidades burguesas— fue dadivoso, empezando por su persona y su dinero. Y no olvidemos, en descargo de sus culpas y debilidades, que le acompañó siempre, como un demonio interior, una espantosa, una implacable neurastenia....

## 5

A su regreso a Guatemala, cuando concluía el desarticulado y europeizante gobierno de Reina Barrios, encontró compañeros cordiales y rendidos admiradores. No podía esperarse menos de mentalidades inquietas, de escritores ya ilustres, algunos de ellos, como Rafael Spínola, Joaquín Méndez, Valle, Soto-Hall, y una muchachada entusiasta, que sufría, encantada, la fascinación del “arte nuevo”, y en política, la embriaguez revolucionaria del liberalismo. Poco después ocurrió su pintoresco y hasta regocijado conocimiento con Estrada Cabrera, cuya amistad y admiración conquistó de por vida.

El cariño de sus primeros años hacia la tierra nativa —la pacata Guatemala de aquellos tiempos— no pasó de ser el que se siente por el escenario donde discurrió la infancia y alboreara la adolescencia: pero en sus días de madurez, lindantes con el ocaso, ese cariño se transformó en ternura, en amor nostálgico por el hogar, poco menos que perdido. Quiso tornar, y expresó

su deseo, vuelto anhelo y necesidad de sus nervios cansados, a varios escritores y amigos “chapines”. Pero gobernaba la república el general José María Orellana, con su corte de liberales adocenados, y ¡qué iban a comprender aquellos escitas de la charpa y la intriga palaciega, a quienes sólo interesaba el mangoneo político, lo que se debía a un intelectual de la talla de Gómez Carrillo! Sin embargo de la aversión que nuestra gente de mando ha sentido, casi siempre, hacia el talento que no se serviliza a los intereses de la política, más o menos primaria, que se acostumbra en Centroamérica, es raro que los sucesores e hijos “directos” de Estrada Cabrera, no utilizaran la amistad de un escritor tan celebrado ni se aprovecharan de sus servicios en el mundo de la publicidad y la propaganda, indispensables para afianzar a los gobiernos, especialmente a los de turbios orígenes, a los impopulares e impuestos *manu-militari*, como era el de “don Chema”, producto y genuino representante del cabrerismo. Sea como fuere, la verdad es que los mandarines de Guatemala negaron la invitación oficial que se les pidió en favor de Gómez Carrillo. Y, de esta suerte, Orellana y su áulicos quedaron por debajo del propio Estrada Cabrera, de quien, si tenían las prácticas de gobierno, no tenían el talento.

Y hay que decirlo sin tapujos: Guatemala no ha honrado todavía a Gómez Carrillo en la forma decorosa que el escritor merece, quizá porque tampoco lo ha querido. Él lo sabía y lo dijo: “En Guatemala no me quieren. Iré para que me insulten”. Sinrazones políticas —probablemente las relaciones entre él y “don Manuel”, ya caído y encarcelado por sus libretos—, prejuicios sociales, preocupaciones religiosas —recuérdese el irónico desdén que Carrillo mantuvo siempre por la Iglesia católica—; caquexia espiritual y beocia incomprensible de la cultura superior, podrán ser causas de esta indiferencia general, rayana en antipatía, que existió entonces para el escritor guatemalteco más insigne de su época, y que, por extraño fenómeno, perdura en estos días de revolucionarismo izquierdista...

Es verdad que él tuvo muy poco de americano y casi nada específicamente guatemalteco, salvo las fugaces evocaciones de

sus *Treinta Años de mi Vida*. Sus vínculos mejores fueron con Argentina; pero eran, más bien, vinculaciones económicas, derivadas de sus servicios a la gran empresa periodística de *La Nación*, capaz de costearle viajes transcontinentales. Su libro *El Encanto de Buenos Aires* y sus crónicas volanderas sobre el país sureño, no son bastantes para dar a su pensamiento ni a su arte, pasión, calor, ambiente y nervio americanos. Son producciones de compromiso, de “quedar bien” con una nación rica que está de moda... Es cierto además que no estimaba a los compatriotas, como no fuese a sus viejos amigos y acaso a los “pudientes”, que iban a Europa a derrochar los dineros obtenidos del café o de la política. Cuando los otros, los “desconocidos”, se llegaban a él para rendirle pleitesía o solicitarle algo, acostumbraba a decir: “Son esos tontos de América que no me dejan ni comer en paz”.

Pero ello no justifica el desamor de la patria hacia aquel por cuya obra el nombre de Guatemala era mejor conocido y honrado que por todas sus representaciones diplomáticas. Sin embargo, cabe preguntar: ¿a cuál de sus artistas, a cuál de sus escritores, a cuál de sus patriotas ha querido Guatemala como otros pueblos, menos tufosos de sus preeminencias, quieren y exaltan a sus hombres de “alto ejemplo”? Se dirá que nosotros no tenemos grandes hombres; pero todo es relativo en materia de valores humanos, y cada uno es grande en su propio lugar. Con poquísimas excepciones, sólo espontáneos homenajes locales, en que el pueblo, y no el gobierno, lo hace todo, o a la inversa, huecas consagraciones oficiales de medianías y hasta nulidades, en que el gobierno y sus partidos lo hacen todo, ante la indiferencia o el repudio popular, es lo único que hemos tributado a quienes, no obstante, llamamos “glorias nacionales”.

## 6

De paso, y como simple apostilla, apuntaré la inconsistencia de algún aserto que hace el autor sobre sucesos de nuestra historia

reciente. Asegura por ahí que la presidencia del general Barillas, y más tarde la de Estrada Cabrera, se debieron a actos de suprema audacia e insólita valentía de ambos personajes. Eso cree Edelberto porque lo ha leído de otros que lo afirmaron por vía conjetural. No existen pruebas concluyentes que lo demuestren, y en cambio, hay versiones lógicas y congruentes de actores y testigos de aquellos acaecimientos, en que se atribuye a la casualidad —factor decisivo en la historia— el atrape del poder por don Lisandro y don Manuel, ocurrido en circunstancias singulares y hasta cómicas —en cuanto a Barillas—, con intervención de accidentes fortuitos, que los dos afortunados no previeron ni siquiera sospechaban, pero de los cuales se aprovecharon ladinamente, y mejor que el otro, don Manuel...

El autor nos traza la figura de un Estrada Cabrera en vísperas presidenciales, vestido de casimir inglés y chaleco de piqué, tocado con chistera reluciente, que a la verdad me resulta epigramática. En aquellos días, aciagos para él, no era más que un exfuncionario oficial mal visto por el gobierno, que vivía receloso y enclaustrado en su casita de la 9ª calle oriente capitalina, escaso de pecunia y sin mayor influjo político, después de su aventura diplomática en Costa Rica, la que le ganó la mala voluntad del presidente Reina Barrios; de todo lo cual se consolaba “echándose sus tragos” —a los que fue muy aficionado— en compañía de contadísimos amigos...

Pero éste no es lugar adecuado para debatir tales materias sino para reconocer, como remate de los marginales anteriores, el valor documental y literario de la biografía de Edelberto Torres, y la formidable labor que representa la composición de una obra casi erudita como ésta, y sin embargo, amena, flexible, emocionada y emocionante: igual que lo fueron la vida y el arte de aquel gran señor de la crónica moderna.

*Xelajú, enero de 1954*